

La biblioteca, según Vicens

Sobre el mito español de que es imposible establecer el préstamo en la biblioteca

“En España corre la leyenda de que sería imposible establecer el préstamo de libros a domicilio. Eso es –según se dice– cosa propia de los países educados, avanzados; en España, los libros desaparecerán, los robarán, serán maltratados. En algunas bibliotecas que he visitado antes de que estuvieran completamente organizadas, los miembros de la Junta no querían aceptar el principio de préstamo o bien, decían que declinarían toda responsabilidad porque, sin duda, los libros serían tomados en préstamo pero nunca devueltos.

Sin embargo, nunca me han hecho críticas de este tipo en las bibliotecas donde el préstamo ya estaba organizado. Incluso, más tarde, las bibliotecas que hacían esta objeción *a priori*, han cambiado siempre de opinión porque la experiencia les mostró su error. Así, rápidamente, el préstamo a domicilio fue generalizado.”

(*L'Espagne vivante: le peuple à la conquête de la culture*. Paris: Editions Sociales Internationales, 1938, p. 18)

Sobre las Bibliotecas Públicas Municipales y las Bibliotecas de Misiones Pedagógicas

“En cuanto a las bibliotecas, la República reorganizó en gran medida las del Estado; mejoró los locales, aumentó el personal, transformó el sistema según el cual se formaba y seleccionaba, adquirió enorme número de volúmenes, etcétera. Creó además dos instituciones nuevas, las Bibliotecas Públicas Municipales y las Misiones Pedagógicas, cuya labor fue extraordinariamente fructífera. Las primeras eran bibliotecas que se enviaban a los pueblos que las solicitaban y que preparaban un local, creaban una junta y nombraban un bibliotecario. Posteriormente el Estado seguía enviándoles libros y si los propios pueblos destinaban dinero a comprarlos, *el Estado les enviaba volúmenes por valor del doble de la cantidad que el pueblo invertía*. Las Misiones Pedagógicas son bastante conocidas. Grupos de maestros,

artistas, escritores, etcétera, visitaban pueblos, a veces remotos, celebraban representaciones teatrales, conciertos, conferencias sobre higiene, agricultura, etcétera, y dejaban tras de sí una biblioteca, un pequeño museo de reproducciones, un gramófono con discos escogidos de folklore y de poesía, etcétera. Por otra parte, sostenían relaciones constantes con los maestros, les procuraban material escolar, les orientaban, etcétera, y proveían a las escuelas de pequeñas bibliotecas, que además de servir para la labor de la escuela, se utilizaban también como bibliotecas populares al servicio de los habitantes del pueblo.

Cuando estalló la guerra se habían creado 200 Bibliotecas Públicas Municipales y se estaba procediendo a crear otras 100. Las Misiones Pedagógicas habían creado más de 4.000 pequeñas bibliotecas. (...)

La Oficina de Adquisición de Libros para Bibliotecas Públicas que había creado la República, gastaba en los primeros años en adquisición y encuadernación de libros cerca de 650.000 pesetas. En plena guerra, de marzo de 1937 a abril de 1938 adquirió 433.000 volúmenes por un total de 6.947.000 pesetas y esos volúmenes se distribuyeron a 238 bibliotecas oficiales y a 191 asociaciones diversas.”

(“Bibliotecas y Cultura popular durante la República”, *Las Españas*, noviembre 1947, p. 28)

Sobre el movimiento llamado Cultura popular

“(…) El pueblo mismo había ido desarrollando su propio movimiento cultural. Conocidos son los Ateneos Obreros de Asturias, de gloriosa historia. En toda España se habían ido creando instituciones culturales, bibliotecas, etcétera, dependientes de sindicatos o asociaciones diversas, o en forma de clubes deportivos y culturales, en gran parte a iniciativa y bajo la inspiración de los grupos políticos juveniles (Juventudes Socialistas Unificadas, Ateneos de las Juventudes Libertarias, etcétera). En los últimos años anteriores a la guerra se desarrolló impetuosamente una organización nacional que reunía gran número de esos clubes; la Federación Cultural Deportiva

Obrera de España. Su crecimiento fue tal que durante no pocos meses estuvieron ingresando en su seno más de 85.000 miembros por mes.

Con objeto de coordinar los esfuerzos de todas esas organizaciones, hacer su sostenimiento más económico y su rendimiento mayor, por medio de la cooperación y de una buena dirección técnica, se creó el movimiento llamado *Cultura Popular* al que se adhirieron la mayoría y las más importantes de esas organizaciones culturales populares. En él convivían felizmente y sin el menor roce los grupos de las tendencias políticas más diversas: Juventudes Socialistas, Juventudes Libertarias, organizaciones de inspiración comunista, Juventudes de todos los partidos republicanos, la F.U.E. [Federación Universitaria Escolar], sindicatos diversos, especialmente la Federación de Trabajadores de la Enseñanza, de la U.G.T., y el de Artes Gráficas de la C.N.T., etcétera. El movimiento estaba tomando extraordinario auge y preparaba sus planes de trabajo para iniciarlos con el curso escolar de 1936, cuando estalló la guerra.

Desde el comienzo de la guerra, esas reformas oficiales y movimiento popular en el terreno de la cultura se desarrollaron todavía más. Las bibliotecas oficiales se reorganizaron aún más profundamente, y se crearon muchas nuevas; se abrió gran número de escuelas, se fundaron los *Institutos Obreros*, donde éstos seguían un bachillerato intensivo para poder pasar a seguir estudios universitarios, y se intensificó considerablemente la lucha contra el analfabetismo.

A pesar de las dificultades de la guerra y de la atención preferente que ésta exigía, se intensificó en grandes proporciones el movimiento cultural popular. Por todas partes, el sueño de las organizaciones obreras de todas clases era crear escuelas, bibliotecas, etcétera.

Cultura Popular se adaptó a las necesidades de la guerra y atendiendo a la enorme demanda popular de libros y de cultura, se lanzó a crear por todas partes pequeñas bibliotecas, en hospitales, organizaciones, unidades militares, frentes y hogares infantiles, organizó la distribución gratuita de la prensa a los combatientes, realizó visitas a los frentes, etcétera. (...)

En los dos primeros meses de la guerra, *Cultura Popular* distribuyó en forma de bibliotecas, como antes se indica, más de 300.000 volúmenes. Creó así

más de 1.000 bibliotecas, muchas de ellas en los frentes. Un año después, tras de tiempos tan trágicos y difíciles, se recuperaron y seguían funcionando más de la mitad. Demuestra eso el gran cariño del pueblo, en el ejército y en la retaguardia, por esas instituciones de cultura, puesto que en tantas retiradas, evacuaciones, traslados, bombardeos, etcétera, se habían abandonado acaso muchas cosas, pero no las bibliotecas, mientras había sido posible. Podría referir a ese respecto casos verdaderamente emocionantes, pero me falta espacio para ello."

("Bibliotecas y Cultura Popular durante la República", *Las Españas*, noviembre 1947, p. 28)

Sobre las bibliotecas catalanas en la guerra

"En Cataluña, un trabajo enorme se ha realizado. Lamento no poder describirlo tan minuciosamente como lo merece porque yo no he participado. Múltiples folletos se han publicado y pienso que no tardará en aparecer una obra exclusivamente dedicada a los logros catalanes. Me limitaré a dar algunas indicaciones rápidas sobre algunos trabajos.

La Generalitat de Cataluña ya poseía una red de bibliotecas populares bien organizada y una escuela de bibliotecarias. Esas bibliotecas se han adaptado inmediatamente a las necesidades de la guerra. Se han constituido bibliotecas destinadas a los soldados del frente.

Camionetas equipadas como bibliotecas ambulantes circulan regularmente. En ocasiones, bibliotecas relativamente completas se remiten en estanterías standard a las agrupaciones interesadas. Además de la dirección técnica de las bibliotecas populares que centraliza en Barcelona el trabajo de las bibliotecas, existen dos centros regionales, en Sariñena y Tarragona, cuyos responsables son mujeres bibliotecarias. Su función es visitar los hospitales y los lugares de concentración de las tropas, distribuir los lotes de libros formados en Barcelona, instruir a los bibliotecarios improvisados, etcétera. Eso ha permitido abrir al público muchas bibliotecas que no estaban antes accesibles más que a los privilegiados. El fondo del Instituto de Estudios Catalanes y un gran número de libros preciosos recogidos aquí y allá se han transportado al convento de Santa Cruz que



constituye actualmente una magnífica biblioteca nacional catalana. Igualmente hay que señalar, además de las bibliotecas del frente y de los hospitales, la organización de un gran número de bibliotecas populares e infantiles.”

(*L'Espagne vivante: le peuple à la conquête de la culture*, p. 70)

Sobre la necesidad de una bibliografía hispánica

“(…) El principal medio de expresión de nuestra cultura, naturalmente, lo constituye la palabra escrita, la palabra impresa. Actualmente somos veinte naciones, cada una con su producción editorial. El conjunto se desenvuelve en la mayor anarquía. Nada más difícil que conseguir información completa sobre el conjunto de nuestra producción editorial. Es frecuente que hispanistas de otros países se dirijan a libreros de cualquiera de los nuestros y les pregunten qué se ha publicado “en español”, es decir, sea en la nación que sea, sobre un asunto determinado. Actualmente es imposible contestar a esas preguntas, como no sea de modo muy incompleto.

Pues bien; es preciso que nos demos cuenta de que, aislados, seremos débiles, pero unidos, representaremos un potentísimo complejo cultural.

En el terreno del problema que estoy

examinando, la solución es clara:

sería preciso que se crearan instrumentos bibliográficos generales de lengua española.

Sería necesario que todos los esfuerzos que se realizan aisladamente, en todos nuestros países, concurrieran en una empresa cooperativa para presentar ante el mundo, al menos, la información bibliográfica con unidad, en un conjunto organizado.

En el terreno bibliográfico habremos de distinguir tres sectores:

- 1- El de la bibliografía que podemos llamar “antigua”, la de los impresos de todas clases publicados en siglos pasados y que sólo es posible encontrar en las librerías anticuarias o en las bibliotecas. Este es evidentemente el problema más complejo y difícil. (...)
- 2- Lo que podemos llamar el “catálogo de catálogos”, es decir, la bibliografía de los libros ya publicados, y que siguen vendiéndose en las librerías como no agotados.

- 3- La publicación periódica y ordenada de los impresos que van apareciendo actualmente.

Este es quizá el problema que urge resolver.

Pueden resolverse estos problemas de dos maneras. O bien parcialmente, por cada una de nuestras naciones, o bien en común y por una empresa super-nacional. (...)

Sin embargo, el ideal sería constituir un organismo bibliográfico supernacional que recogiera, organizara y publicara la totalidad de la bibliografía hispánica. Y conviene precisar que entendemos por bibliografía hispánica lo siguiente:

- 1- Todos los impresos publicados en países de lengua española.
- 2- Todos los impresos en español publicados en otros países.
- 3- Todas las traducciones de impresos de autores de lengua española a otros idiomas, sea cualquiera el país donde se hayan publicado.
- 4- Todos los impresos, sea cualquiera el país y el idioma en que se publiquen, que traten de asuntos relativos a nuestros países, cultura y problemas.

Ese Instituto Bibliográfico debería encargarse de publicar las bibliografías generales hispánicas, al menos de los sectores 2 y 3 (catálogo de catálogos y bibliografía periódica de lo aparecido actualmente).

(…) El Instituto podría ser creado, o bien por vía oficial, por los Estados de los países interesados, o por vía cooperativa, por todos los editores y libreros de los países de lengua española, ayudados por los Estados. El Instituto habría de tener como fines y actividades principales los siguientes:

- 1- Reunir una biblioteca lo más completa posible de bibliografías de las cuatro clases de impresos antes indicadas, y que ya existan.
- 2- Reunir todos los catálogos de todas las empresas editoriales de cualesquiera países que publiquen impresos que deban ser incluidos en la bibliografía hispánica.
- 3- Recibir constantemente y de modo completo noticia de cuantos libros, folletos, revistas, periódicos o impresos cualesquiera, de los que deben incluirse en la bibliografía hispánica, se publiquen en los diversos países. (...)



- 4- Ir publicando bibliografías que completen las ya existentes relativas a libros antiguos de los que deban incluirse en la bibliografía hispánica.
- 5- Publicar rápidamente el catálogo de catálogos hispánico, y volverlo a publicar periódicamente puesto al día. (...)
- 6- Publicar periódicamente una bibliografía que contenga, unificada y con los índices necesarios, información sobre todos los impresos que deban formar parte de la bibliografía hispánica y que vayan apareciendo en los diversos países.
- 7- Establecer un servicio de respuestas a las consultas bibliográficas que se le dirijan.
- 8- Suscitar la publicación de bibliografías particulares sobre determinadas materias, países, personas, etcétera, dentro del campo de la bibliografía hispánica. (...)
- 9- Unificar y codificar las reglas que han de regir la técnica bibliográfica, clasificación, catalogación, reseña, etcétera, para los trabajos bibliográficos hispánicos, y tratar por todos los medios de que todos los países interesados adopten esas reglas.
- 10- Podrá establecerse una oficina de información relativa a los autores de lengua española, poniendo en contacto a las gentes entre sí y organizando intercambio de materiales bibliográficos, especialmente entre bibliotecas.



Paralelamente a todo ese trabajo efectuado con el material impreso, fácil sería organizar algo semejante para otros materiales, como el fotográfico, cinematográfico, fonográfico, etcétera.

Lo que se ha indicado hasta ahora es el trabajo fundamental, indispensable y urgente. Pero sería muy de desear que, además del instituto bibliográfico, se organizara una biblioteca hispánica, donde hubiera al menos un ejemplar de cada uno de los impresos de las cuatro clases antes enumeradas como materia de la bibliografía hispánica. (...)

Pensé en un tiempo, antes de la guerra, que el instituto bibliográfico hispánico podría radicarse en Madrid. Mi intención no era "imperial" (de "Imperio"), sino que creía por una parte que allí había ya elementos sumamente útiles que podrían ser puestos al servicio de todos, y por otra parte era un hecho que, por ejemplo, entre países de América muy distantes entre sí, las comunicaciones eran difíciles,

mientras que desde Europa existían comunicaciones de valor semejante con todos los países de lengua española. Los mismos elementos que hoy rigen en España las cuestiones tocantes a libros y bibliografía, se entregaron entonces a un solapado pero eficaz sabotaje de esa empresa. Uno de los procedimientos que utilizaron fue el de publicar en la prensa o por la radio notas explicando que todo eso lo iba a realizar inmediatamente la Biblioteca Nacional de Madrid.

De este modo, quienes estaban preocupados por esos problemas, se echaban a dormir y dejaban en paz a los saboteadores. Ese procedimiento fue sobre todo puesto en práctica por el entonces y ahora director de la Biblioteca Nacional de Madrid e inspector general de las bibliotecas en España, don Miguel Artigas.

Por el mismo tiempo se organizó el tristemente célebre Instituto del Libro Español. La historia de ese organismo nos llevaría muy lejos. En su origen era una empresa vergonzosa lanzada por dos editores amigajones de Lerroux, con la complicidad de don Miguel Artigas, para hacer que, a costa del Estado Español, se llevaran a América y se vendieran allí sus depósitos invendibles. Más tarde, algunas personas de buena voluntad intentaron sacar partido del esperpento, pero lo cierto es que el Instituto duró varios años, con una considerable partida consignada en los presupuestos, sin que nunca sirviera para nada. Es curioso que acabe de dictarse en España una disposición que resucita ese organismo. Si llega a ponerse en actividad, veremos entonces para servir qué intereses se ha levantado ese muerto.

De todos modos, la posición actual de la España oficial hace imposible su colaboración eficaz en la solución de estos problemas. En primer lugar, la actitud "imperialista" (de "Imperio") que adopta en los problemas culturales y en relación con los demás países de lengua española, se opone radicalmente a toda empresa de cooperación fundada en la mutua comprensión. Pero además, España se ha encerrado en un círculo estrecho y sectario, en una tendencia totalitaria que, si bien le permitirá entablar relaciones, podríamos decir, de complicidad, con reducidos grupos de la quinta columna hispanoamericana, le impedirá conseguir la colaboración de los amplísimos e importantes sectores que no simpatizan con esas tendencias.

(...) Amigos americanos; amigos hispánicos todos; por las razones que vengo exponiendo, es evidente la necesidad y la urgencia de que nos pongamos a la obra en el sentido que he indicado. Es preciso que seamos nosotros mismos quienes realicemos esta tarea radicada en lo que nos es más íntimo aun siéndonos común. La tarea no es imposible, ni siquiera es difícil. La realizaremos el día que queramos, y sus consecuencias serán incalculables.

Creo que el primer paso en el camino aquí indicado, podría ser la reunión de un Congreso Bibliográfico Hispanoamericano. La iniciativa podría perfectamente partir de México y el Congreso podría reunirse en esta ciudad. Su reunión me parece necesaria y urgente. En él, además de estructurar el plan de trabajo, debería, ante todo, realizarse la unificación y codificación de los métodos bibliográficos, labor previa indispensable para poder realizar un trabajo eficaz."

("La bibliografía hispánica", *España Peregrina*, año 1, n. 7, agosto 1940, pp. 17-21)

Sobre las bibliotecas rurales

"El hecho de poder extender, por medio de las bibliotecas regionales y de la red nacional, el servicio de las bibliotecas a los lugares más apartados, tiene importancia social, que es preciso hacer resaltar, no sólo porque tal servicio intensifica la educación pública y la instrucción postescolar, sino porque ayuda a hacer más atractiva y humana la vida en los pueblos rurales. Conocido es el movimiento de emigración del campo a la ciudad que constituye uno de los más graves problemas de nuestro tiempo; muchas son las razones que llevan al campesino a emigrar a la ciudad, pero entre ellas ocupa lugar importante la falta de posibilidades para el desenvolvimiento intelectual que ofrecen los pueblos; eso, por una parte, cierra el horizonte al campesino y le quita la esperanza de desenvolverse y perfeccionarse, y por otra, se suma al tedio de la vida rural. Es evidente que un buen servicio de bibliotecas puede remediar en parte esta situación, aumentando las posibilidades de instrucción para el campesino y haciendo más atractiva la vida en el campo; he ahí por qué, en los Estados Unidos, el Ministerio de Agricultura ha tomado parte muy activa en la organización de bibliotecas rurales,



de bibliotecas regionales y en ese movimiento han participado activamente profesores de las escuelas de Agricultura"

(*Cómo organizar bibliotecas*. México: Atlante, 1946, p. 163)

Sobre la relación entre la biblioteca pública y la biblioteca escolar

"Encontramos dos clases de bibliotecas de escuelas; unas grandes, importantes, con fondos propios; en este caso probablemente se formará un tipo de biblioteca múltiple, semejante, en pequeño, a una biblioteca universitaria. Aun así, convendrá que estas bibliotecas estén asociadas con las demás bibliotecas públicas de la ciudad o comarca para el intercambio y ayuda mutua. El otro tipo que encontramos, el más frecuente, sobre todo en España, nos lo ofrecen las bibliotecas de pequeñas escuelas rurales o urbanas y todavía más las escuelas que no tienen biblioteca. En este caso, nada mejor que asociar la biblioteca pequeña o inexistente de la escuela modesta, a un sistema múltiple rural o urbano; de este modo, o bien se constituirá en la escuela que no tenía biblioteca una sucursal de la biblioteca múltiple, o se convertirá en sucursal la biblioteca ya existente. (...)

En los Estados Unidos y en Inglaterra es frecuente que el departamento de Educación, en tales casos, pase directamente al sistema múltiple las cantidades que las escuelas de aquella zona habrían de recibir para sus bibliotecas, con la condición de que la biblioteca múltiple tome a su cargo el servicio de ellas.

Cabe también asociar solamente y aparte las bibliotecas de escuelas de una ciudad o región; así se pensaba haber hecho con las bibliotecas fundadas en España por las Misiones Pedagógicas (hoy suprimidas); se había hecho ya un primer ensayo con las de Valencia, parte de Teruel y parte de Cuenca, desde una central establecida en Valencia. El ensayo, aunque dió solamente sus primeros pasos, era ya sumamente interesante"

(*Cómo organizar bibliotecas*, p. 155).

Sobre las bibliotecas ambulantes

"Vemos aparecer en todo ese manejo las cajas de libros como herramienta importantísima de

estos sistemas; no debemos, sin embargo, llegar a considerarlas como algo mágico y capaz por sí solo de resolver el problema de la biblioteca rural, como se ha querido hacer no pocas veces. Hace años se intentó organizar en España ciertas bibliotecas *circulantes*, consistentes en fuertes cajas de madera que contenían una biblioteca de unos cientos de volúmenes; cada biblioteca debía quedar en cada pueblo dos años y luego ir a otro pueblo por otro período igual. La tentativa fracasó, como no podía menos de ocurrir; era como querer que una paleta construyera sola una casa, separada de la mano del albañil. Fué sin embargo un buen intento para aquel tiempo. Se debió la iniciativa al ilustre maestro don Rafael Altamira.

Las cajas o bibliotecas ambulantes pueden tener papel importantísimo dentro de la organización cooperativa que exponemos, pero por sí mismas es difícil que resuelvan nada. Si se envían cajas de libros al azar desde la capital a pueblos a veces lejanos y cuyas necesidades peculiares son desconocidas, y si además, ni en ese pueblo ni en ningún centro próximo existe ninguna organización distribuidora de libros, se perderá el tiempo lastimosamente. (...)

Y cosa semejante hay que decir de los autobuses o camiones bibliotecas. Por sí mismos son ineficaces, pero son magníficos como instrumentos de circulación de una biblioteca múltiple”

(*Cómo organizar bibliotecas*, p. 144).

Sobre el bibliotecario de la biblioteca escolar

“Inmediatamente se plantea el problema siguiente: ¿quién debe tener a su cargo la biblioteca: un bibliotecario o un maestro?”

El problema queda generalmente zanjado por motivos económicos; rara vez será posible a una escuela tener un bibliotecario profesional al frente de la biblioteca. Evidentemente, siempre que la biblioteca llegue a adquirir gran importancia, sobre todo si sirve al mismo tiempo como biblioteca popular, será preciso un bibliotecario, pero en general será un maestro quien la tenga a su cargo, ayudado, como se ha explicado, por los alumnos. Esto plantea la necesidad de que los maestros reciban siquiera una elemental formación biblioteconómica.

En todos los países donde los sistemas múltiples de bibliotecas populares han adquirido gran desarrollo, los maestros han desempeñado un papel importante en las entidades secundarias, que sin la escuela no tendrían vida propia suficiente. Por otra parte, en aquellas bibliotecas locales que funcionan dirigidas por una Junta o Patronato, los maestros tendrán en estos organismos un importante papel que desempeñar”

(*Cómo organizar bibliotecas*, p. 109)

Sobre el aparato monstruoso del fascismo franquista

“Grave error sería persistir en la idea simplista, que prevalece aún en muchos demócratas españoles, de que la República amaba y desarrollaba la enseñanza y la cultura, que el franquismo odia y sencillamente ha cerrado escuelas y bibliotecas y poco menos que suprimido gran parte del aparato de enseñanza, y que cuando se reconquisten la libertad y la democracia para España, el nuevo poder del Estado volverá a abrir las escuelas y las instituciones

culturales. Como todas las ideas demasiado simplistas, ésta puede ser sumamente perniciosa, porque tiende a confundir a las fuerzas democráticas y a sumirlas en la pasividad en ese terreno. Lejos de suprimir sencillamente las instituciones de enseñanza y de cultura, lo que está haciendo el fascismo franquista es sustituirlas por un aparato monstruoso, que extiende sus tentáculos por todo el país y a todas las fases de la vida de nuestros compatriotas, con el fin de envenenar las conciencias, encuadrar a nuestro pueblo, por las buenas o por las malas, y ponerlo al servicio de los intereses de la oligarquía financiera española y de los planes de dominio mundial y de desencadenamiento de la guerra de agresión del imperialismo norteamericano.

Dos fuerzas son las protagonistas de esa labor infernal: la Falange y la Iglesia.”

(“La enseñanza franquista como medio de preparar la guerra”, *Nuestro Tiempo*, año 4, n. 5, enero-febrero 1952, pp. 19-27) ☒

(Selección y traducción: Ramón Salaberria)

